



cundar la mente de noticias útiles, ejercitar el ingenio en razonar con juicio, elegir las cosas que sean más del intento, escoger las palabras con que se declaren mejor, disponerlo todo con la debida orden, y dar á la oracion una hermosura natural y no afectada armonía. Quisiera, digo una y otras mil veces, unos entendimientos más libres sin las pigüelas del arte, unos discursos más sólidos sin afectacion de vanas sutilezas, un lenguaje más propio sin oscuridades estudiadas, y por acabar de decirlo, un juicioso pensar disimuladamente dulce en la expresion y eficazmente agradable. Esto es elocuencia; todo lo demas bachillería. ¡Y que haya tan pocos que se animen á seguir un tan seguro rumbo! Si no lo viéramos, ¡quién habia de creerlo! Sucede así por ventura, porque esto, que parece fácil, es tan dificultoso en la práctica, que entre mil apénas uno puede conseguirlo, cuando lo otro es muy fácil á cualquiera idiota balsamista. ¿Qué otra cosa se puede discurrir? La elocuencia supone un entendimiento capacísimo, que perfectamente informado del asunto que emprende, debe proponer y esforzar aquellas más eficaces razones que se puedan hallar para mantener constantes á los bien afectos, inclinar á su dictámen los ánimos indiferentes y dudosos, y convencer tambien á los pertinaces y rebeldes, para lo cual se necesita de un conocimiento grande del genio de los oyentes, y de los medios y fines de las cosas, para callar con prudencia lo que no se debe decir, esforzar con viveza lo que se debe persuadir, y convencer los ánimos con una disimulada violencia, tanto más halagüeña cuanto más imperiosa ocultamente. Este singular triunfo de la razon humana no es para entendimientos vulgares, ni aun para aquellos más sublimes, si no se aplican á ello con la mayor diligencia. Desengañémonos, pues, y sepamos que únicamente es elocuente aquel en cuya oracion la dialéctica dirige y regula al entendimiento, la filosofía natural en su ocasion averigua y descubre las ocultas causas de las cosas, la metafísica traspasa al sér de ellas y sus materiales términos, la moral decide segun los dictámenes de la razon natural, la teología eleva los pensamientos humanos al conocimiento de los divinos misterios, que sin la luz sobrenatural no se pudieran alcanzar; la historia enseña deleitando, la retórica brilla, la música forma una gustosa consonancia, y todas la facultades y ciencias hacen su deber. Por esto vemos que el comun consentimiento de los doctos sólo ha tenido por elocuentes á aquellos que estuvieron dotados de un conoci-

miento universal de casi todas las ciencias, á los Demóstenes, digo, y Cicerones entre los gentiles, á los Naciancenos y Crisóstomos, á los Ciprianos y Jerónimos entre los cristianos, y por hablar de nuestros españoles, á los venerables padres Fray Luis de Granada y Fray Luis de Leon.

No he dicho esto para desanimar la juventud, sino para que se acabe de entender que el que siguiere otro rumbo irá muy desatinado, y por donde pensará ser muy plausible se hará despreciable á los hombres doctos, y en fin, á todos, porque finalmente el juicio de los que son eruditos llega con el tiempo á triunfar de la comun ignorancia. Y así las obras escritas con afectacion, y publicadas cien años há, apénas se halla hoy quien quiera leerlas, cuando las de los hombres elocuentes del mismo tiempo con diligencia se buscan, con mucho gusto se leen, y con veneracion se alaban. Se desconocerá la lengua, y siempre habrá quien estudie el lenguaje antiguo para saber imitarlas, ó á lo ménos para aprender lo mucho que enseñan.

Pues si esto es así, ¿qué desconcierto es de la razon emplearla toda en hacerse desestimable? Toda Europa desprecia y áun hace burla del extravagante modo de escribir que casi todos los españoles practican hoy. Es casi nada lo que se traduce de nuestra lengua en las otras, argumento claro del poco aprecio que se hace de nuestro modo de pensar, enseñar y decir, y más en un tiempo en que, codiciosa Francia de enriquecer su idioma con los mejores escritos que ha logrado el mundo, no se acuerda de los nuestros. No sucedia así cuando tenia España á los venerables Luises, candidísimas lises de la elocuencia española, Granada y Leon; al ingeniosísimo Quevedo, juiciosísimo Saavedra y otros semejantes. ¿Mas qué digo semejantes? Un picarillo de Alfaraache no se contentaba de andar por toda España, sino que atravesando los altos Pirineos y frios Alpes, gustosamente entretenia á toda Europa. ¿Qué mucho si se paseaba tambien por toda ella, y placenteramente la embelesaba, un ciego astuto guiado de un lazarillo? Pero lo que es más, áun el flaco rocinante de aquel ingenioso hidalgo lo corria todo en compañía del rucio, que fué más célebre, y áun al dia de hoy es más bien tratado que el tan aplaudido de Apuleyo, por más que digan algunos que fué de oro.

No quiero decir con esto que no tiene España hombres que con singular elocuencia illustren hoy el lenguaje español. Los tiene sin duda. Conozco algunos. Los venero cuanto su



mérito pide. Únicamente me quejo de la facilidad inconsiderada de tantos millares, que sin bastante ingenio, sin conocimiento de las ciencias, sin inteligencia del arte de bien decir, sin fruto alguno (que es el más cierto argumento de la verdadera elocuencia), con grave daño del público (que es lo peor de todo), desautorizan los púlpitos, embarazan las prensas, manchan el papel, y con su multitud oprimen á los buenos ingenios y sus maravillosas obras. ¡Desgraciadas prensas! ¡Grande lástima os tengo! No os basta ser de muy robusto roble para dejaros de quejar, acaso por estar oprimidas, más que de la violencia del tórculo, de la insufrible pesadumbre de tan innumerables necedades. Si no las sentís vosotras, las sufrimos nosotros.

Pues si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algun acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno más á propósito que el que hoy logramos para poder escribir con la mayor perfeccion. España, siempre fecundísima de grandes ingenios, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma cuando fué más sábia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbe si la juventud se instruyese y cultivase debidamente. Con razon me duelo de que en el arte de decir no procuremos, no sólo igualar, sino tambien exceder á las demas naciones, y más siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los extraños. Tenemos una lengua sumamente copiosa, grave, majestuosa y suavísima. Fuera de todo esto, las ciencias en Europa llegaron ya al mayor auge que nunca. Todas tuvieron sus voces. Todas nos dejaron sus ideas en varios siglos para que fuese el nuestro más sabio. El que medió entre Orfeo y Pitágoras fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, jurídico; entre Constantino y San Bernardo, teológico; entre San Bernardo y Leon Décimo, escolástico; entre Leon Décimo y nosotros, físico y crítico; de suerte que en nuestra edad se manifiestan la naturaleza y los progresos de la sabiduría humana. Siendo, pues, certísimo que la fuente del escribir es el saber, para escribir ¿qué tiempo hay más á propósito que éste en que mejor se puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hácia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimacion como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones extrañas. Cierta es la competencia con las

más cultas de Europa. Superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la maneamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria como á la diligencia de los extraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas. Quiso Roma competir con ella; pero no pudo igualarse, así porque no fué tan sábia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á todas las europeas, pues siendo igual en abundancia á la más fecunda, es superior á cualquiera en la magnificencia de sus voces. ¿Qué falta, pues, sino vencer á los extraños, ó á lo ménos igualarlos en el saber y uso? Esto se podrá conseguir si parte del tiempo que se gasta en cuestiones espinosas, que ántes lastiman que mejoran al entendimiento humano, honestamente se emplea en asuntos más fructuosos; si solamente se imitan los que supieron hablar; si se procura imitar con intencion de vencer, como con gran acierto imitó Platon á Cratilo y Arquitas, Ciceron á Craso y Antonio, Leon y Granada á Platon y Ciceron; si se procura, digo, imitar, fijando más la mente en la perfeccion universal que requiere el arte que en la particular observacion del artificio de alguno, de suerte que el orador no haga lo que el ignorante zapatero, que por diestro que sea no sabe trabajar sin horma, sino lo que el ingeniosísimo Ceusis, que habiendo de pintar la imágen de la bellísima Helena, no quiso escoger por ejemplo una sola niña, aunque muy hermosa, sino que fecundando su idea con la hermosura de cinco las más bellas vírgenes que á la sazón habia en la ciudad de Croton, logró ser émulo de la naturaleza misma, con tanta gloria suya, que me persuado que tan noble pintura hubiera tenido tanto número de París cuantos fueron á ver aquella segunda Helena, á no robar sus potencias el mismo prodigio del arte que habia de ser robado.

Siendo esto así, el que desee formar y seguir una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, observe con juicio la erudicion de Rhua, Venegas y Agustin, la invencion de Cervantes, Gracian y Saavedra en su admirable *República literaria*, que por mi diligencia se lee como su autor la escribió; la eleccion y método de fray Luis de Leon, la abundancia de voces de D. Francisco de Quevedo, la pureza de los vocablos y propiedad de las frases de Santa Teresa de Jesus, la facilidad y elegancia de decir de D. Diego de Mendoza, el espíritu y gallardía del obispo Manero y del dean de Alicante D. Manuel Martí, la dulzura



y numerosidad de fray Luis de Granada, la enmienda del estilo de la *República literaria*, unas y otras mil veces digna de alabanza: y considerando así en otros pocos y felices escritores las perfecciones que brillan más en sus obras, tenga bien entendido que la bien ordenada y decorosa composición de todas ellas es la idea verdadera de la elocuencia española, y la única que con aplicación, dili-

gencia y ejercicio se debe imitar y procura seguir. Aspiremos, pues, á ésta. Trabajemos por acercarnos á ella cuanto nos sea posible. Está España infamada de poco elocuente. Vindicad su honra, españoles. Generosísimos espíritus, vindicad la vuestra.

LAUS DEO.

DIALOGO DE LAS LENGUAS

MARCIO

VALDES

CORIOLANO

TORRES

Marcio. Pues los mozos son idos á comer, y nos han dejado solos, ántes que venga alguno que nos estorbe, tornemos á hablar en lo que comencé á deciros esta mañana.

Valdes. No me acuerdo de qué cosa que-
reis decir.

Marcio. ¿Cómo? ¿No os acordais que os dije cómo de aquello que habíamos platicado, me era venida á la memoria una honesta curiosidad, en la cual muchos dias há deseo platicar con vos?

Valdes. Ya me acuerdo. No tenía cosa más olvidada.

Marcio. Pues nosotros, por obedeceros y serviros, habemos hablado esta mañana en lo que vos habeis querido, y muy cumplidamente os habemos respondido á todo lo que nos habeis preguntado; cosa justa es que, siendo vos tan cortés y bien criado con todo el mundo, como todos dicen que sois, lo seais tambien con nosotros, holgando que hablemos esta tarde en lo que más nos contentáre, respondiéndonos y satisfaciéndonos á las preguntas que os proponeremos, como nosotros habemos hecho á las que vos nos habeis propuesto.

Valdes. Si no adornárades esta vuestra demanda con tanta retórica, liberalmente me ofreciera á obedeceros: ahora, viéndoos venir ataviado en vuestra demanda con tantas razones, sospechando me quereis meter en cualquier cosa enojosa, no sé qué responderos, si primero no me decís claramente qué es lo que que-
reis de mí.

Marcio. Lo primero que queremos es que,

sin querer saber más, nos prometáis ser obediente á lo que os demandáremos.

Valdes. Confiando en vuestra discrecion, que no querréis cosa de mí que no sea razonable y honesta, os prometo de ser obediente.

Marcio. No me contento con eso, y quiero que á todos tres nos deis vuestra fe que lo haréis así.

Valdes. ¿A qué propósito me quereis obligar tan estrechamente? ¿Habeis, por ventura, concertado todos tres para meterme en cualquier cosa enojosa? Hora, sús, sea lo que fuere, digo que os doy mi fe, que responderé como supiere á todo lo que esta tarde me queréis preguntar. ¿Estais contentos?

Marcio. Yo, por mi parte, estoy contentísimo.

Coriolano. A mí harto me basta.

Torres. Pues para mí no era menester más que la primera promesa.

Valdes. Sús, pues, comenzad á preguntar, que me teneis confuso hasta saber qué misterios son estos que quereis entender de mí.

Marcio. ¡Misterios! Y ¡cómo! Si bien supié-
sedes...

Valdes. Sea lo que fuere, acabad ya; por amor de Dios, decidlo.

Marcio. Soy contento. Bien os debeis acordar cómo al tiempo, que agora há dos años partístes desta tierra para Roma, nos prometístes á todos tres que conservariades y tendríades nuestra amistad, como habeis hecho, con vuestras continuas cartas; agora sabed que, despues de vos ido, nosotros nos conser-